

Revista interdisciplinar de
Ciencias de la Comunicación
y Humanidades

omunicación
y h
ombre

INVESTIGACIÓN

**Flannery O'Connor y Guardini:
la presencia del amor de Dios
en el misterio del sufrimiento**

Susana Miró López
Universidad Francisco de Vitoria

Susana Miró López
*Universidad Francisco de Vitoria
Madrid (España)*

s.miro@ufv.es

16 de mayo de 2011

28 de octubre de 2011

De la 41 a la 50

Flannery O'Connor y Guardini: la presencia del amor de Dios en el misterio del sufrimiento

Flannery O'Connor and Guardini: the presence of the
love of God in the mystery of suffering

El presente artículo trata de mostrar el paralelismo entre el pensamiento de la escritora americana Flannery O'Connor y Romano Guardini ante el misterio del sufrimiento. En un mundo donde el dolor está presente, los seres humanos pueden en momentos de desesperación y soledad profunda encontrarse con la presencia de Dios que ofrece la gracia al hombre que libremente quiera acogerla.

PALABRAS CLAVE: Sufrimiento, gracia, libertad, redención.

This article aims to show the parallelism between American writer Flannery O'Connor and Romano Guardini line of thought regarding the mystery of suffering. In a world where suffering is unavoidable, men who do feel deeply alone and desperate, can find God's presence which offers its Grace to those who freely want to embrace it.

KEY WORDS: Suffering, grace, freedom, redemption.

1. Acercamiento de Flannery a Guardini ante el misterio del sufrimiento

En la producción narrativa de la escritora americana Flannery O'Connor (1925-1964) se puede analizar la importancia de ciertos autores que fueron claves a la hora de ir configurando su pensamiento. En este artículo, vamos a estudiar la influencia que pudo tener Romano Guardini en la escritora, en particular a la hora de interpretar cómo Cristo acompaña al hombre en su sufrimiento.

Importa recordar que nuestra autora, a los veinticinco años de edad enferma de lupus eritematoso –la misma enfermedad que había provocado la muerte de su padre nueve años antes- y que sus obras se caracterizan por una serie de personajes grotescos a los que Flannery enfrenta con el misterio del sufrimiento. En ese momento, los personajes deberán dar una respuesta ante lo que acontece, para ello contarán con la ayuda de la

gracia que Dios les brinda y cada protagonista en el uso de su libertad podrá aceptarla o rechazarla.

Flannery entiende que cuando en la vida se presenta una situación dolorosa, el camino es difícil, pero el hombre puede encontrar en Cristo un atisbo de luz ante el misterio del dolor. En ese momento, de soledad profunda, en la que ningún otro ser humano puede entender el sufrimiento del que lo padece, el mismo Cristo permanece al lado del sufriente. Dios ofrece siempre su gracia. Pero ante todo, no se puede olvidar que es un ofrecimiento, por tanto, es el hombre quien en el uso de su libertad acepta o no la senda que Cristo le propone. De hacerlo, el recorrido sigue siendo difícil –el dolor no desaparece- pero por una relación de encuentro con Dios, no se hace solo, se hace con Aquel que venció el sufrimiento y la muerte: «To look at the worst will be for the man no more than act of trust in God» (O'Connor, 1969: 148). Se hace con el Cristo encarnado que con su presencia nos acerca al misterio de la redención.

En 1954, Flannery comienza a leer las obras de Guardini. Es tal el impacto que le causa este autor, que durante los siguientes cinco años se dedicará a estudiar todos los textos que sobre él aparecen –tanto libros como artículos de distintas publicaciones-. Flannery comienza a publicar reseñas de las obras de Guardini, convirtiéndose en el autor más reseñado por O'Connor: *The Rosary Of Our Lady –Der Rosenkraz unserer lieben Frau-* (O'Connor, 1956), *Meditations Before Mass –Besinnung vor der Feier der heiligen Messe-* (O'Connor, 1956), *Prayer in Practice –Von Geist der Liturgie-* (O'Connor, 1958), *The Lord –Der Herr-* (O'Connor, 1960), *The Conversion Of Augustine –Die Bekehrung des Aurelius Augustinus-* (O'Connor, 1961) y *Freedom, Grace and Destiny –Freiheit, Gnade, Schicksal-* (O'Connor, 1961). Todas estas reseñas fueron recogidas con carácter póstumo en un único volumen bajo el título de *The Presence of Grace and Other Book Reviews* by Flannery O'Connor (O'Connor, 1983).

De las lecturas de sus cartas podemos deducir que hay un momento en la vida de Flannery en el que las sugerencias de este autor son tan constantes que parece que el pensamiento de Guardini lo ha incorporado a su propio estilo de vida: «also I define humility differently from you. Msgr. Guardini can explain that» (O'Connor, 1979: 104). Y es patente la profunda admiración que por él siente: «I am reading everything I can of Romano Guardini» (O'Connor, 1979: 74), «There is nothing like *The Lord*, anywhere, certainly not in this country» (O'Connor, 1979: 99), «One reason Guardini is a relief to read is that he has nothing of it» (O'Connor, 1979: 131).

Guardini influyó notablemente en el pensamiento de nuestra autora, y por ende en su narrativa. Particularmente dos son las obras sobre las que expresa su más profunda admiración y que constantemente cita: *Der Herr* (Guardini, 1937) y *Freiheit, Gnade, Schicksal* (Guardini, 1948). Algunos de los comentarios de Flannery, pueden parecer fragmentos mismos de la obra de Guardini. La propia Flannery (O'Connor, 1979: 191) comenta que, tras leer un artículo de Guardini, publicado en la revista *Cross Current* (Guardini, 1956) bajo el título de *El Idiota*, le llama poderosamente la atención, que éste es un símbolo de Cristo. O'Connor pensó en la novela que estaba escribiendo por entonces, *The Violent Bear It Away* (O'Connor, 1960) y decidió que Bishop, el hijo deficiente del maestro, fuera una especie de imagen de Cristo: el niño retrasado sería la figura redentora de la novela: «In my novel I have a child –the schoolteacher's boy- whom I aim to have a kind of Christ image, though a better way to think of it is probably just as a kind of redemptive figure» (O'Connor, 1979: 191), fundamental en la actitud del protagonista Francis Tarwater y determinante para que sea capaz de reconocer su contingencia y admitir la gracia que Dios le brinda.

Para Guardini, la encarnación es clave en la historia de la humanidad. Una vez que

Jesucristo nace, al hombre ya sólo le cabe decidirse a favor o en contra de Él. Bien parece que el Inadaptado, personaje protagonista del relato de Flannery que lleva por título *A Good Man Is Hard To Find* (O'Connor, 1955) desarrolla este pensamiento a la hora de entablar la conversación con la anciana del cuento –a la que posteriormente asesinará-, así podemos leer:

«Jesus thrown everything off balance. It was the same case with Him as with me except He hadn't committed any crime and they could prove I had committed one [...] I call myself The Misfit, because I can't make what all I done wrong fit what all I gone through in punishment [...] "Jesus was the only One that ever raised the dead". The Misfit continued, "and He shouldn't have done it. He thrown everything off balance. If He did what He said, then it's nothing for you to do but throw away everything and follow Him, and if He didn't, then it's nothing for you to do but enjoy the few minutes you got left the best way you can- by killing somebody or burning down his house or doing some other meanness to him. No pleasure but meanness", he said and his voice had become almost a snarl» (O'Connor, 1971: 131-132).

Pero uno de los capítulos de la obra de *Derr Herr* que más pudieron impactar a Flannery es en el que el autor hace referencia a los enfermos y al sufrimiento en general, hablando de la presencia constante de Cristo en el sufrimiento del hombre. Esta presencia, como hemos analizado con anterioridad, es un estar en silencio al lado del que sufre. Y, en lo que a nosotros respecta, cuando vemos un dolor tan intenso que se tambalean hasta las raíces del sentido de la existencia en el que lo padece, tal vez lo único que podemos hacer sea tender la mano en un gesto de extrema compasión –no de lástima sino de acompañamiento- ante el necesitado, pues en esos momentos hasta las palabras pueden ser ofensivas.

2. El sin sentido de la existencia humana para el hombre de hoy al alejarse de Dios

Romano Guardini identifica la raíz del sufrimiento con el pecado y el alejamiento de Dios. El querer apartar a Dios de la propia vida, produce en el hombre un desgarramiento intenso porque siendo creado para el Amor, opta por las tinieblas. Flannery no encuentra mayor sufrimiento en el hombre que aquel producido por quien quiere creer y no puede y termina por rechazar a Dios, produciéndose una caída vertiginosa en la nada (O'Connor, 1979: 307). Guardini ante tanto sufrimiento y en el mismo sentido que Flannery, ofrece una esperanza entre las cenizas: «el dolor puede ser una puerta abierta a Dios, una forma de purificación» (Guardini, 1954a: 93). Dios no evita el sufrimiento, pero nos acompaña en Él y de ese sufrimiento muchas veces puede brotar la salvación del hombre.

Los dos autores hablan del sufrimiento moderno (Guardini, 1995 y O'Connor, 1969:163 yss.), de la neurosis colectiva presente en el hombre actual. Describen la dificultad del hombre actual para ver a Cristo como Dios y hombre (Guardini, 1958:98 y ss. y O'Connor, 1979: 100). O'Connor recapacita sobre la importancia del Cristo encarnado y de su resurrección para que el hombre reconozca las nuevas leyes que vienen a vencer el dolor, el deterioro y la muerte, convirtiéndose la pretensión de Cristo en respuesta para cada uno de los hombres ante su finitud (O'Connor, 1969:185). Guardini en el mismo sentido nos habla de la importancia de la resurrección de Cristo encarnado, refiriéndose también a la

resurrección del cuerpo:

«Hemos de aprender a conocer cuán densa, sustancial y real es la Redención divina. Ésta se refiere a la existencia, al hombre, a su realidad, hasta tal punto que san Pablo, del cual nadie se atreverá a decir que adoraba el cuerpo, la define en función del cuerpo nuevo. Esta doctrina quedará fundamentada en la Resurrección. Por eso el mismo apóstol nos dice: “Y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana es nuestra fe” (I Cor. 15,14)» (Guardini, 1954b: 196).

Ambos entienden que la ciencia ha pretendido suplantar la religión y que al erigir el método científico como el único valedero para demostrar la realidad, el hombre queda reducido a pura máquina, queda esclavizado bajo la técnica y el orden económico:

«[...] el mal. No manifiesta sus intenciones perversas, sino que se esconde precisamente tras la razón y la objetividad. Se oculta en la mal llamada claridad científica. En el dominio de la ciencia que quiere ser objetividad pura oscurece nuestra mirada para que no vea lo evidente, provoca una serie interminable de oposiciones que se destruyen mutuamente, produce la ruina de la comunidad de espíritus que induce al hombre a refugiarse en el dominio de la ciencia, yugo que nubla sus ojos... Bajo pretexto de la racionalización técnica y human, ha convertido el orden económico moderno en un mecanismo esclavizador de los hombres. Acaso preferimos decir que a fuerza de inteligencia el hombre se ha vuelto tonto, y que éste confunde los medios con el fin y convierte al señor de la máquina en criado de la misma» (Guardini, 1954a: 210).

«Since the eighteenth century, the popular spirit of each succeeding age has tended more and more to the view that the ills and mysteries of life will eventually fall before the scientific advances of man, a belief that is still going strong even though this is the first generation to face total extinction because of this advances» (O'Connor, 1969:41).

Puesto que es un ser que no ha sido creado para esta situación, padecerá en algún momento de su vida un sufrimiento existencial tan profundo que no sabrá cómo actuar. En este sentido, hay personajes en la obra de Flannery -Hulga, Sheppard o Julian- que encarnan ejemplarmente el sufrimiento del hombre del siglo XX.

Tanto Flannery como Guardini, además, ofrecen la respuesta para salir de esa situación en que se encuentra el hombre de hoy. Así en palabras de Guardini: «El hombre necesita del encuentro personal con Cristo, tal vez valiéndose del sufrimiento, de una misión [...] El hombre puede perder a veces esta situación de encuentro, pero debe seguir caminando iluminado por aquel instante» (Guardini, 1954b: 548).

Presenta un encuentro de Dios con el hombre, que puede durar un solo instante -como cuando Parker, protagonista del relato *Paker's Back*, ve el rostro del Cristo bizantino- (O'Connor, 1965), pero ese instante debe ser suficiente para el resto de la vida. El hombre en su necesidad, sensible a la recepción de la gracia divina, puede aceptarla o rechazarla. En el segundo caso, seguirá sufriendo y hundiéndose cada vez más en el abismo, perdiendo cualquier posibilidad de encuentro con el otro y con Dios. En el primer caso, si acepta la gracia, el sufrimiento no desaparecerá pero empezará a tener un sentido para él. Y al final de los días, puede ser que este dolor haya sido la clave para aceptar la propia contingencia, alzar los ojos interrogando a Dios y haber aceptado el inicio de un diálogo que le llevará a la redención.

En ese diálogo, nos encontramos con un Dios al que no podemos pretender dominar, al que hay que acercarse partiendo del respeto y dejándonos hacer una vez que hemos identificado su llamada amorosa de Padre, guiándonos por la fe:

«I am thinking possibly about the deepening of conversion. I don't think of conversion as being once and for all and that's that. I think once the process is begun and continues that you are continually turning inward toward God and away from your egocentricity and that you have to see this selfish side of yourself in order to turn away from it. I measure God by everything that I am not» (O'Connor, 1979: 430).

«Su voluntad [refiriéndose a Dios] llama a un individuo, le habla [...] Si somos dóciles y nos dejamos llevar por la buena voluntad, confesaremos que éste es el único camino propio de nuestra naturaleza humana. Quien no está dispuesto a acoger el mensaje de Dios, muestra con ello que ignora o pretende ignorar quien es él y quien es Dios. Dios ha centrado la esencia y la salvación del hombre en la fe [...] He aquí la ley de nuestra existencia de creyentes. Exige humildad, obediencia, docilidad, comprender mejor el mensaje divino y a conformar más perfectamente su vida con Él» (Guardini, 1954a:451).

3. La libertad del hombre clave para acoger la gracia

Ambos autores nos presentan a Cristo en actitud permanente de apertura ante el hombre, tendiéndole siempre la mano también en el dolor, de forma silenciosa pero tenaz. Podemos leer en las cartas de O'Connor como se encuentra con Dios en el sufrimiento: «Well, God rescues us from ourselves If we want Him to» (O'Connor, 1979:118) y Guardini reflexiona en el mismo sentido:

«Pero alguna vez su cercanía abarcará a todo el mundo [...] El misterio de la cercanía y la lejanía de Dios se repite en la experiencia de cada uno. Pues cada uno es consciente de lo maravilloso que es todo cuando Él está cerca, y de lo terrible que resulta cuando está lejos... "¿Dónde estabas, Señor, en los tiempos difíciles?". Y Él respondió: "Más cerca de ti que nunca" » (Guardini, 1995:184).

Pero la otra parte del camino, es decir, para que este diálogo se produzca y mantenga, no basta que Dios esté dispuesto a iniciarlo, se necesita el concurso de la voluntad del hombre, es decir, de su libertad:

«God made us to love Him. It takes two to love. It takes liberty. It takes the right to reject. If there were no hell, we would be like the animals. No hell, no dignity. And remember the mercy of God. It is easy to put this down as a formula and hard to believe it, but try believing the opposite, and you will find it too easy. Life has no meaning that way [...] Whatever you do anyway, remember that these things are mysteries and that if they were such that we could understand them, they wouldn't be worth understanding. A God you understood would be less than yourself» (O'Connor, 1979: 354).

Guardini ejemplifica como debería ser la respuesta del hombre a Dios recordando el

evangelio de san Juan:

«Pero Jesús lleva el incidente a su término. Se ha formulado el problema decisivo y todos han de emitir su opinión. “Dijo Jesús a los Doce: -¿queréis ir vosotros también?-. Respondióle Simón Pedro: -Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Santo de Dios-” (Jn 6, 67-69). Exige también la decisión de sus más próximos colaboradores. Si fallan, dejará que se marchen con los otros. Pero se nos ensancha el corazón al leer la respuesta de san Pedro. No dice: Comprendemos tu pensamiento, sino: Estrechamos fuertemente tu mano. Tus palabras son palabras de vida, aunque nosotros no comprendamos» (Guardini, 1954a: 365).

Y en el mismo sentido podemos leer:

«Jesús mismo viviente, quiere que yo le reconozca, que mi amor se armonice con el suyo, y sale a mi encuentro y exige que yo me dirija a Él. He de pensar en Él, inspirado por esta confianza, no sólo con la razón, sino con el anhelo y la nostalgia de mi corazón. Debo esperarle, concentrarme en Él, agudizar mis oídos para escucharle, llamarle y estar dispuesto para acogerle» (Guardini, 1954a: 548).

Este Dios al que nos debemos acercar no desde el egoísmo -como algunos de los personajes de los relatos de Flannery: Mrs. Turpin de *Revelation* (O'Connor: 1965) o Ruller de *The Turkey* (O'Connor: 1971)-, sino desde el respeto, nos desborda. No podría ser de otra forma si es el sentido de nuestra propia vida; por ello es inabarcable por nosotros. Pero al acercarnos a su presencia, nos sentimos reconfortados y nos estamos acercando -al mismo tiempo- a la plenitud de nuestro ser.

Flannery, en *The Violents Bear It Away*, nos enseña la diferencia entre el diablo, que engaña a Tarwater, le lleva a la perdición y le abandona cuando consigue dejarle casi en el punto cero de la creación, y Dios, que le rescata desde estas cenizas. En la relación hombre-diablo, parece que todo puede conseguirse fácilmente, que el hombre domina el juego, pero de repente empieza a sentir la angustia, el vacío y la soledad. En la relación amorosa con Dios, el hombre debe partir de la plena generosidad, sin exigir, sin pedir nada a cambio, dejándose hacer, y de repente, su vida, conforme se vacía de lo insustancial, comienza a dejar hueco para ese amor redentor, ese hombre comprende la comunión y llega al éxtasis con el Creador.

4. Dios como Amor Perfecto alimenta el amor al prójimo

En la época en que leía *Der Herr*, Flannery O'Connor escribió unas cartas en las que podemos ver la grandeza con la que describe a Dios:

«I didn't mean to suggest that science is unreliable, but only that we can't judge God by the limits of our knowledge of natural things. This is fundamental difference in your belief and mine: I see God as all perfect, all complete, all powerful. God is Love and I would not believe Love efficacious if I believed there were negative states or imperfections in it» (O'Connor, 1979: 102).

Es el Amor Perfecto, tan perfecto -nos dirá Guardini-, que cuando el Hijo asume voluntariamente y por amor identificarse con nosotros y con todos nuestros pecados pasados, presentes y futuros en Getsemaní, el Padre no lo reconoce y Jesús clama por su abandono:

«Es la hora de Getsemaní, el corazón y el espíritu de Jesús experimentaron profundamente lo que es el pecado a los ojos de Dios justo. Su Padre le pidió que tomara sobre sí este pecado como suyo. Jesús vio, por decirlo así, la cólera del Padre contra el pecado dirigida contra su persona, que había querido cargar con este peso, y vio como Dios Santo se apartaba de Él y le “abandonaba”» (Guardini, 1954b: 148).

De ese mismo lamento y anonadamiento de Cristo Crucificado, surge la nueva creación restaurada del pecado. Dios permanece ahora a la espera de que cada hombre confirme su pertenencia a la creación gloriosa en Cristo e inicie su particular diálogo con este Padre amoroso. En Cristo encuentra Dios al hombre, lo invita a saltar hasta Él y manifestarle su amor.

Flannery confirma, así, el pensamiento de Guardini: «When a man accepts divine truth in the obedience of faith, he is forced to rethink human truth» (O'Connor, 1983: 23).

Una vez que el hombre está en diálogo con Dios, éste mismo le lleva a desarrollar todo un campo de visión distinto del que tenía hasta el momento. Si se sabe dónde está la perfección, todo aquello que se aparte de la verdad divina no tendrá razón de ser. En Él, el hombre tiene un referente que le permite restablecer un diálogo verdadero con el resto de la creación; el hombre, entonces, sería reconocido como creado a imagen y semejanza de Dios.

Las últimas lecturas que O'Connor pudo hacer de Guardini –*The Conversion Of Augustine y Freedom, Grace and Destiny*-, probablemente pusieron letra a algo que ella experimentaba cada día. La fe, para Flannery, fue, sin lugar a dudas, su apoyo. Una fe en Dios basada en un encuentro con Él más allá de una mera relación contractual. Flannery se postraba de rodillas ante un Dios que no había evitado que su padre muriera cuando ella lo necesitaba, que no la había curado de su lupus,... Ella adoraba a un Dios que estaba presente en todo momento, permitiéndola alzar y trascender el aquí y el ahora. Flannery, en un movimiento ascendente hacia Dios, es capaz de superar el sufrimiento de su vida y reconocer las bendiciones que de todo aquello podía extraer. Si el hombre cree en la Redención, la esperanza debe ser la actitud última (O'Connor, 1969:178). Una actitud que dista mucho de poder ser entendida por parte de los escritores y pensadores que Flannery denomina buscadores incrédulos y que se convierten en alentadores de la angustia del prójimo -no ya de los que no creen sino que llegan incluso a influir en los que se hacen llamar creyentes-. Así se refiere a novelistas como Hemingway, Kafka, Gide o Camus (O'Connor, 1969:160-161).

Guardini entendió el error de los existencialistas:

«El existencialismo concibe al hombre de una forma equivocada. Para este sistema el hombre carece de todo presupuesto, de toda esencia y de toda norma. Es absolutamente dueño de sí mismo no sólo de su actividad, sino de todo su ser. Arrojado a una existencia sin lugar ni orden, sólo se tiene a sí mismo, y su vida es un destino que está totalmente en sus manos» (Guardini, 1995:105).

Pero, ¿qué sucede en este hombre cuándo le sobreviene algo que no espera como la

enfermedad, la muerte...? Entonces, el hombre existencialista se queda sin respuesta. Es necesario buscar una verdad objetiva en las cosas, desarrollar un ascetismo propio para diferenciar lo justo de lo injusto. En esa búsqueda el hombre va desarrollando su personalidad:

«La personalidad forma parte de la esencia del hombre, pero la mirada sólo la percibe y la voluntad moral sólo puede afirmarla si se descubre la relación con el Dios vivo y personal que se revela en la encarnación del Hijo de Dios y a través de la providencia. Si no es así, podrá tratarse de un individuo bien dotado, distinguido, creador, pero no de una auténtica persona, que es algo propio y específico de cada hombre que trasciende a toda cualidad tanto psicológica como cultural. Así pues, el saber sobre la persona va unido a la fe cristiana.... Lo mismo cabe decir de los valores,... de la libertad,... del amor,... El no cristiano de hoy piensa que puede prescindir del cristianismo pero se equivoca» (Guardini, 1995:130).

Flannery se habría encontrado perdida ante el sufrimiento presente en su vida si no hubiera llegado a esa relación de encuentro con el Dios vivo. Es el Dios encarnado quien le ofrece el sentido a su sufrimiento con el ejemplo de su propia vida, para O'Connor el gran misterio no es la existencia del mal, es la asunción voluntaria de la muerte de Cristo por amor a todos nosotros: «the central Christian mystery: that it has, for all its horror, been found by God to be worth dying for» (O'Connor, 1969: 146).

Al descubrir el significado de la relación amorosa yo-Tú con Dios, Flannery puede entablar también una relación con el resto de los hombres. Tomemos como ejemplo a Hazel Motes, el protagonista de su primera novela *Wise Blood* (O'Connor, 1952), que es incapaz de establecer una relación con cualquiera de los personajes que aparecen en la historia más allá de una situación de dominio. Decir al otro: te veo, te respeto, te amo,..., sólo es posible porque Dios nos ha permitido reconocerle a Él como creador y adorarle. Desde el momento que se entiende este vínculo de la creación que iguala a los hombres en dignidad, la persona puede entablar una relación fundada en la generosidad con el otro.

La Iglesia, como cuerpo místico de Cristo, nos permite profundizar en la relación de encuentro con el Creador y con nuestros hermanos. Así tanto O'Connor como Guardini, entienden que Cristo nos redime no por un acto intelectual, sino encarnándose de forma humana, y nos habla ahora por la Iglesia (O'Connor, 1969: 176 y Guardini, 154b, 263).

El sufrimiento humano, desde la perspectiva de esta relación, tiene un sentido purificador, siempre y cuando la actitud ante dicho sufrimiento permita al hombre acercarse a la misión pensada por Dios para él: y, al verse contingente, elevar los ojos al cielo. Esta reflexión hace que sea capaz de acercarse a su propia esencia. El hombre penetra en el interior de su yo a partir de la relación con el Tú. En el caso de nuestros autores, el sentido del propio sufrimiento entra a ocupar un papel dentro de la dimensión redentora de los hombres: completar el sufrimiento del cuerpo místico (O'Connor, 1969:228 y Guardini, 1987:72). Cristo, como cabeza, ya lo hizo, y ahora cada uno de sus seguidores está llamado a alcanzar la remisión del resto: «We lost our innocence in the Fall, and our return to it is through the Redemption which was brought about by Christ's death and by slow participation in it» (O'Connor, 1969:148).

Ya que Dios no puede ser abarcado por el hombre, éste puede intentar hacerlo presente en el mundo, según sus propias posibilidades. El hombre debe confiar que el resto entienda lo mismo de Dios, para que lo que intente hacer de Él presente en el mundo no sea contradictorio. En Guardini, esto se muestra claramente y, siguiendo esta senda, es más fácil no equivocarse al dar un paso. Ya no sólo a la hora de enfocar el dolor en la vida, sino en todo lo que supone ser persona:

«Sólo porque Dios lo ha fundado en la relación yo-tú con Él, puede el hombre entablar una relación personal con los hombres. Decir a otro: Te veo, te respeto, sólo es posible porque Dios le ha concedido poder para decirle a Él, el Señor: "Tú eres mi creador..., yo te adoro [...] Tanto más sabe el hombre de sí mismo cuanto más se entiende a partir de Dios. Pero para ello debe saber quién es Dios, y esto sólo puede hacerlo si acepta lo que es Él mismo. Si se rebela contra Dios, si piensa mal de Él, entonces pierde el conocimiento de su propio ser. Esta es la ley fundamental de todo conocimiento humano» (Guardini, 1995:160).

Flannery, como católica, en toda su producción nos muestra esa irrupción de Cristo en la historia, que tanto ayuda a sus personajes a rediseñar sus vidas y que probablemente cada mañana la ayudaran a enfocar la suya propia. En este sentido, en un artículo publicado por Lorraine Murray tras visitar «Andalusia» podemos leer: «From her Catholic perspective, the lupus was something to be accepted with humor and grace. Her Catholic faith taught that Christ's sacrifice on the cross had changed suffering forever, giving it a deeper meaning» (Murray, 2007:5). 

Flannery O'Connor y Guardini: la presencia del amor de Dios en el misterio del sufrimiento

Susana Miró López

Bibliografía / Bibliography

- O'CONNOR, Flannery. *Wise Blood*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 1952. En castellano: O'CONNOR, Flannery. *Sangre Sabia*. Barcelona: Lumen, 1966.
- O'CONNOR, Flannery. *A Good Man Is Hard To Find*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 1955. En castellano: O'CONNOR, Flannery. *Un hombre bueno es difícil de encontrar*. Traducción de Marcelo Covián. Barcelona: Lumen, 1973.
- O'CONNOR, Flannery. *The Violent Bear It Away*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 1960. En castellano: O'CONNOR, Flannery. *Los Profetas*. Traducción de José Luis Jiménez-Frontín. Barcelona: Lumen, 1986.
- O'CONNOR, Flannery. *Everything That Rises Must Converge*. Introduction by Robert Fitzgerald. New York: Farrar, Straus and Giroux, 1965. En castellano: O'CONNOR, Flannery. *Las dulzuras del hogar*. Traducción de Vida Ozores. Barcelona: Lumen, 1968.
- O'CONNOR, Flannery. *Mystery And Manners. Occasional Prose. Selected and edited by Sally and Robert Fitzgerald*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 1969. En castellano: O'CONNOR, Flannery. *Misterio y Maneras. Prosa ocasional, escogida y editada por Sally y Robert Fitzgerald*. Edición de Guadalupe Arbona. Traducción de Esther Navío. Madrid: Ediciones Encuentro, 2007.
- O'CONNOR, Flannery. *The Complete Stories. Introduction by Robert Fitzgerald*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 1971. En castellano: O'CONNOR, Flannery. *Cuentos completos. Prólogo de Gustavo Martín Garzo*. Traducción de Marcelo Covián, Celia Filipetto y Vida Ozores. Barcelona: Lumen, 2005.
- O'CONNOR, Flannery. *The Habit Of Being. Letters edited and with an Introduction by Sally Fitzgerald*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 1979. En castellano: O'CONNOR, Flannery. *El hábito de ser*. Traducción de Francisco Javier Molina de la Torre. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2004.
- O'CONNOR, Flannery. *The Presence Of Grace And Other Book Reviews by Flannery O'Connor*. Compiled by Leo Zuber and edited with an Introduction by Carter W. Martin. Georgia: The University of Georgia Press Athens, 1983.
- GUARDINI, Romano. *El Señor. Volumen 1*. Traducción de Francisca Palau-Ribes Casamitjana. Madrid: Rialp, 1954a. Título original: *Der Herr*, 1937.
- GUARDINI, Romano. *El Señor. Volumen 2*. Traducción de Francisca Palau-Ribes Casamitjana. Madrid: Rialp, 1954b. Título original: *Der Herr*, 1937.
- GUARDINI, Romano. *La Conversione di Sant'Agostino. Traduzione di: Virginia Faleschini*. Brescia: Morcelliana, 1957. Título original: *Die Bekehrung des Aurelius Augustinus*, 1935.
- GUARDINI, Romano. *Libertad, gracia y destino*. Traducción de Guillermo Solís. Buenos Aires: Editorial Lumen, 1987. Título original: *Freiheit, Gnade, Schicksal*, 1948.
- GUARDINI, Romano. *El Ocaso de la Modernidad. Cristianismo y Hombre Actual I*. Traducción de José Gabriel Mariscal. Epílogo de Alfonso López Quintás. Madrid: Ediciones Guadarrama, 1958. Título original: *Das Ende Der Neuzeit*, 1950.
- GUARDINI, Romano. *El Fin de la Modernidad. Quien sabe de Dios conoce al hombre*. Traducción de José María Hernández y presentación por Alfonso López Quintás (Actualidad de Romano Guardini). Madrid: PPC, 1995. Título original: *Das Ende der Neuzeit / Den Menschen erkennt nur, wer von Gott weiss*, 1950.

Hemerografía / Hemerography

- MURRAY, Lorraine V. "Celebrating A Simple Life". *The Georgia Bulletin*, Atlanta. September 12, 2007, pp. 4-7.

2012



Universidad Francisco de Vitoria
Madrid (España)

www.comunicacionyhombre.com

REVISTA CIENTÍFICA INTERNACIONAL INDEXADA EN:

**BASES DE DATOS
INTERNACIONALES SELECTIVAS**

IEDCYT
EBSCO TOC Premier

**PLATAFORMAS DE
EVALUACIÓN DE REVISTAS**

DICE
IN- RECS
MIAR
Latindex. Catálogo y directorio

DIRECTORIOS SELECTIVOS

ULRICH'S

**OTRAS BASES DE DATOS
BIBLIOGRÁFICAS**

DIALNET
UNERevistas

HEMEROTECAS SELECTIVAS

Redalyc

PORTALES ESPECIALIZADOS

Red iberoamericana de revistas
de Comunicación y Cultura
Portal de la Comunicación
Universia
comserbatorio.com

**BUSCADORES DE LITERATURA
CIENTÍFICA OPEN ACCESS**

DOAJ
Dulcinea
E- REVISTAS
La criée
Google Académico

CATÁLOGOS DE BIBLIOTECAS

REBIUN
New Jour
ZBD
WORLD CAT
COMPLUDOC
COPAC
CISNE